

El revisionismo austríaco y la concepción aristotélica del valor. Sesgos y claves para una nueva revisión¹

Austrian Revisionism and the Aristotelian Conception of Value. Biases and Clues for a New Revision

Carlos Diego MARTÍNEZ-CINCA y Ricardo Fernando CRESPO

Universidad de los Andes (Chile) Universidad Nacional de Cuyo (Argentina)

Recibido: 23-08-2012

Aceptado: 04-11-2012

Resumen

El revisionismo austríaco discutió la tesis de la historiografía económica clásica en torno a una supuesta incomprensión escolástica del mercado fundada en el “justo precio” y en la concepción aristotélica del valor, y vio en dicha concepción la raíz de la teoría subjetiva del valor sostenida por la primera generación de austríacos. Aquí mostramos, sin embargo, que los principales revisionistas austríacos realizaron una interpretación sesgada de la distinción entre *valor de uso* y *valor de cambio* en Aristóteles, e indicamos las claves esenciales en torno a las cuales debería girar la recuperación de la auténtica dimensión del valor económico en Aristóteles.

Palabras clave: Aristóteles, intercambio, justicia, reciprocidad, revisionismo, valor de uso, valor de cambio.

Abstract

Austrian revisionism contended with classical historiography about the allegedly misunderstanding of market mechanisms by schoolmen who sought for the “just price” based

¹ Este trabajo es producto de las investigaciones llevadas a cabo en el marco del Proyecto FONDECYT Postdoctorado N° 3120252: “Insuficiencias del análisis económico del derecho frente a los casos difíciles. Claves para una superación del pragmatismo consecuencialista de Richard Posner desde el horizonte de los bienes humanos básicos de John Finnis”.

on the Aristotelian conception of value. They argued that the subjective theory of value advanced by the first generation of Austrian economists was rooted in Aristotle. We claim here, although, for a biased reception of the Aristotelian conception of value among Austrian revisionists, and we suggest some clues in order to recover the genuine dimension of the Aristotelian conception of economic value.

Keywords: Aristotle, exchange, justice, reciprocity, revisionism, value in use, value in exchange.

1. Introducción

Una de las claves del progreso de las ciencias en dirección a una mejor definición de sus respectivos campos de estudio consiste en la correcta intelección de los principios en los que las ciencias se fundan. Esa intelección exige con frecuencia revisar la recepción histórica de tales principios y su presencia efectiva en el núcleo actual de las correspondientes teorías, pues puede darse el caso de que algunos principios hayan mutado sensiblemente su estructura significativa y no ejerzan ya en el presente la influencia que los epistemólogos suelen atribuirle.

En ese sentido, la teoría del valor ha sido desde siempre uno de los principios fundamentales de la ciencia económica, desde Aristóteles en adelante, y quizás sea una de las claves de interpretación más importantes para comprender su desarrollo histórico como ciencia. Pero la teoría del valor, fundada en la distinción aparentemente establecida por Aristóteles entre “valor de uso” y “valor de cambio” de un objeto cualquiera, fue materia de una intensa y a la vez sesgada revisión historiográfica a mediados del siglo XX.

En efecto, algunos revisionistas de la historia económica como Murray Rothbard, Emil Kauder, Joseph Schumpeter, Marjorie Grice-Hutchinson y Raymond De Roover, cuestionaron la historiografía clásica de Max Weber, Werner Sombart y Richard Tawney en torno a la supuesta incompreensión escolástica de los mecanismos de mercado, que según estos autores se debía a su tenaz búsqueda del “justo precio” y a sus preferencias por la teoría del “valor subjetivo”. Los revisionistas postularon, en cambio, que la escuela austríaca (Carl Menger, Friedrich von Wieser, Eugen von Böhm-Bawerk) contribuyó en su momento al progreso de la ciencia económica al recuperar la teoría del valor subjetivo desarrollada por la escolástica y descartada, en gran medida, por los economistas ingleses. Postularon, también, que la teoría del valor subjetivo hundía sus raíces en el pensamiento económico de Aristóteles.

El objeto de este trabajo es mostrar que los revisionistas austríacos, a pesar de haber rescatado la importancia de la teoría subjetiva del valor en el desarrollo histórico de la ciencia económica, realizaron una interpretación sesgada de los textos de Aristóteles, ya que encuadraron en la estructura analítica moderna del mercado la distinción “valor de uso-valor de cambio”, establecida aparentemente en *Política I*, 9 1257a. Pero al margen de otras dificultades hermenéuticas, dicha estructura de análisis no se ajusta adecuadamente a la concepción aristotélica del valor económico, como mostraremos aquí, al señalar brevemente los rasgos centrales de lo que Aristóteles concebía como valor.

2. Dos visiones contrapuestas en torno a la posición escolástica frente al comercio

Hacia la segunda mitad del siglo XX era posible contraponer dos visiones historiográficas bien diferentes en torno a la recepción y al alcance de la tradicional distinción “valor de uso – valor de cambio” entre los economistas modernos, entendiendo por modernos, de manera muy general, a los autores que empezaron a interesarse sistemáticamente por temas económicos desde el Renacimiento en adelante.

Siguiendo las huellas trazadas por Max Weber en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, la visión historiográfica clásica o “estándar” de autores como Lewis Haney o Richard H. Tawney, caracterizaba en general la tradición escolástica basada en los escritos aristotélicos como contraria y hostil al comercio. Según esta interpretación, las políticas económicas y el pensamiento del *laissez-faire* que nutrieron el capitalismo moderno fueron posibles gracias al abandono de las trabas católicas medievales, como por ejemplo la condena de la usura fundada en la afirmación aristotélica de que la principal (aunque no la única) función del dinero era la de servir al intercambio de mercancías². Para esta visión historiográfica la paulatina pérdida de autoridad de la Iglesia, sobre todo en aquellos países en que la reforma protestante había triunfado, posibilitó el desarrollo de un espíritu individualista y racionalista, basado en la ética del esfuerzo y del trabajo arduo que en unión con otros factores explicaría, en parte, el rechazo de los escritores ingleses (Smith y Ricardo, principalmente) a la tradición aristotélica del valor de uso (valor subjetivo) desarrollada ampliamente por los escolásticos modernos, y su preferencia final por costo de producción (valor objetivo) como determinante del precio de las mercancías³.

Es discutible, por cierto, que Adam Smith haya menospreciado la importancia de la doctrina del valor subjetivo aparentemente establecida por Aristóteles en *Política* I, 9 1257a. Como han puesto de manifiesto Robertson y Taylor, al célebre pasaje del primer libro, capítulo IV de *La riqueza de las naciones*, se le ha atribuido un propósito bastante diferente del que realmente habría perseguido su autor. Dice allí el escocés:

las cosas que poseen el mayor valor de uso frecuentemente poseen poco o ningún valor de cambio; y, por el contrario, las que poseen el mayor valor de cambio frecuentemente poseen poco o ningún valor de uso. Nada es más útil que el agua, pero apenas si se podrá cambiar por algo [...] Un diamante, por el contrario, apenas tiene valor de uso, pero una inmensa cantidad de otros bienes se podrán frecuentemente cambiar por él.⁴

² Aristóteles, *Política* I, 1257a. En *Ética a Nicómaco* (EN) V, 5 1133a Aristóteles menciona, además, otras dos funciones del dinero: servir como *medida de todas las cosas*, haciéndolas conmensurables entre sí, mediante una fórmula que nunca termina de explicar adecuadamente, y servir también como *reserva de valor* para el futuro (estando las necesidades presentes satisfechas), en una demanda de bienes propia de una economía.

³ Rothbard, Murray. *Memorandum on Catholicism, Protestantism, and Capitalism*, [en línea], Ludwig von Mises Institut, enero de 2007 (última revisión: 11-05-2010), <<http://mises.org/document/1183/Memorandum-on-Catholicism-Protestantism-and-Capitalism-1957>> [consulta: 14 de agosto de 2012].

⁴ Smith, A. *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*. Edición crítica de Edwin Cannan. New York: The Modern Library, 1937, p. 28. Respecto al auténtico sentido de este pasaje, véase Robertson, H. M. – Taylor, W. L. *Adam Smith's Approach to the Theory of Value*, “The

Es cierto que la lectura literal de pasajes como éste, o de aquel otro en que Smith explica cómo el valor real de las partes que componen el precio de una mercancía se resuelve en la cantidad de *trabajo* por las que cada una de esas partes se puede comprar o vender⁵, otorgarían algo de razón a la visión historiográfica “estándar” respecto a la pervivencia de la teoría objetiva del valor en el área de influencia del protestantismo. Ahora bien, no podría darse por probado que la supuesta hostilidad medieval al comercio estuviese fundada en el amplio desarrollo que la teoría subjetiva del valor (valor de uso) alcanzara en la escolástica o en su rechazo a la teoría del valor objetivo (trabajo-coste de producción) como determinante del justo precio, ya que no existe un vínculo causal necesario entre preferencia por el valor-trabajo y aceptación del comercio, o entre preferencia por el valor de uso y hostilidad al comercio. Además, habría que demostrar primero en qué medida la escolástica fue realmente hostil al comercio.

De la necesidad de una demostración en sentido contrario a esta supuesta hostilidad arrancó, precisamente, la visión historiográfica del revisionismo austríaco⁶. Uno de sus objetivos principales fue la reconstrucción de la “prehistoria” de la escuela austríaca, mostrando para ello que la recepción positiva de la tradición del “valor subjetivo” entre los economistas austríacos permitía establecer una conexión directa con los economistas altomedievales, renacentistas y modernos, y a través de ellos con Aristóteles.

Algunos revisionistas llegaron a postular que en el campo de la teoría del valor existían, efectivamente, dos escuelas o tradiciones completamente separadas la una de la otra. Por un lado se encontraba la escolástica continental europea, comprensiva de la Escuela de Salamanca y de una larga lista de autores franceses e italianos. La tradición escolástica había descubierto y desarrollado ampliamente los diversos componentes del valor de uso y sus resultantes en la determinación del precio de una mercancía (utilidad, necesidad y placer, entre otros). Por otro lado se encontraban los escritores protestantes (Grocio, Pufendorf, Carmichael, Hutcheson, Smith y Ricardo), que según Emil Kauder se hallaban aferrados “tenazmente” a la teoría del valor objetivo, especialmente al valor-trabajo, y que si hubieran abandonado su infructuosa búsqueda de un valor objetivo y hubieran prestado mayor atención a la tradición subjetiva “habrían permitido que la economía se desarrollara más rápidamente”⁷.

Economic Journal”, 67/266, 1957, 181-198. Allí los autores demuestran, contra la tesis del revisionismo austríaco, que los escritores británicos y holandeses, desde Pufendorf hasta Ricardo, conocían y empleaban efectivamente la utilidad y la escasez como factores subjetivos determinantes del precio de una mercancía, y que el propio Smith, en las *Lectures* de 1762-63, había identificado los tres factores subjetivos determinantes del precio de las mercancías pero habría descartado recurrir a la utilidad como medida real de valor en la determinación y comparación inter-temporal de la *riqueza de las naciones* por razones de tipo macroeconómico.

⁵ Smith, A. *Op. cit.*, p. 50.

⁶ La expresión *revisionismo austríaco* fue empleada por Murray Rothbard para referirse a sus propios trabajos y a las extensas investigaciones de Joseph A. Schumpeter, Emil Kauder, Marjorie Grice-Hutchinson y Raymond De Roover, entre otros autores. Véase Rothbard, Murray. “New Light on the Prehistory of the Austrian School”. En: Dolan, E. *The Foundation of Modern Austrian Economics*. Kansas City: Sheed & Ward, 1976, 52-74.

⁷ Kauder, E. *The Retarded Acceptance of the Marginal Utility Theory*, “The Quarterly Journal of Economics” 67/4, 1953, 564-575.

Pero en realidad la diferencia sustancial entre ambas corrientes historiográficas no residía tanto en la preferencia asignada a los autores por la tradición subjetiva o por la tradición objetiva del valor bajo el área de influencia del catolicismo o del protestantismo respectivamente, cuanto en la discusión de la pretendida hostilidad al comercio de parte de los autores católicos que todavía en tiempos modernos habrían escrito bajo la celosa mirada de la Iglesia (según la historiografía clásica). Por ello, las investigaciones del revisionismo austríaco, entre 1950 y 1970, estuvieron en gran medida orientadas a desarticular el error de una supuesta hostilidad al comercio de parte de una larga tradición de autores altomedievales, tardomedievales, renacentistas y modernos⁸. La lista de los autores estudiados arranca en el siglo XIII con San Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino, San Bernardino de Siena, Enrique de Gante y Juan Buridan, entre otros; continúa con escolásticos españoles entre los que cabe destacar a Domingo de Soto, Francisco de Vitoria, Martín de Azpilcueta, y Luis de Molina, y arriba finalmente al abate italiano Fernando Galiani y a los abates franceses Etienne de Condillac y Robert Jacques de Turgot. Estos escritores fueron considerados los eslabones de una tradición científica que hacia 1870 desembocó finalmente en Carl Menger, el gran teórico austríaco de la revolución marginalista.

En efecto, los textos de los escritores revisados muestran con suficiente evidencia que las discusiones escolásticas en torno al justo precio coincidían –salvo contadas excepciones de escolásticos menores que no lograron prevalecer– en que la *communis aestimatio* determinaba el precio de las mercancías, y que la estimación común era idéntica a la “valuación de mercado” (*aestimatio fori*) pues los escolásticos utilizaban estas expresiones indistintamente. Lejos de constituir un “concepto nebuloso elaborado por monjes piadosos que nada sabían de economía y negocios y que eran completamente ciegos para comprender los mecanismos de mercado”, el justo precio era, sencillamente, el precio de mercado, establecido por la interacción entre la oferta y la demanda⁹. Esto no los convertía, por cierto, en partidarios del *laissez-faire* sin más, pues en casos de colusión mercantil o de emergencias las autoridades conservaban la facultad de fijar el justo precio, aun cuando hubo prominentes escolásticos españoles que se opusieron a toda fijación de precios con argumentos verdaderamente precursores del libre mercado¹⁰.

Una de las razones a favor del valor subjetivo en las discusiones del justo precio era que la teoría objetiva del valor, fundada en el costo de producción, le habría permitido a los comerciantes remarcar precios con la excusa de cubrir costos, cuando en realidad, lo más justo era confiar en las fuerzas impersonales del mercado (la *communis aestimatio*) que reflejaba el juicio de toda la comunidad, y en cuya formación intervenían los componentes

⁸ Autores no pertenecientes al revisionismo austríaco han probado también, de manera satisfactoria, la inexistencia de semejante hostilidad. Chafuén, A. *Faith and Liberty. The Economic Thought of Late Scholastics*. Maryland: Lexington Books, 2003; Sirico, R. *The Late-Scholastic and Austrian Link to Modern Catholic Economic Thought*, “Journal of Markets & Morality”, 1/2, 1998, 122-129.

⁹ De Roover, R. *The Concept of the Just Price: Theory and Economic Policy*, “The Journal of Economic History”, 18/4, 1958, 424.

¹⁰ “Una posición extrema asumió Martín Azpilcueta (1493-1587), más conocido como el Navarro, que se opuso a toda regulación de precios porque era innecesaria en tiempos de abundancia e ineficiente o dañina en tiempos de escasez” (De Roover, R. *Op. cit.*, 426).

subjetivos del valor (*utilitas, placibilitas, raritas, virtuositas y necessitas*)¹¹. El nuevo fenómeno del intercambio comercial que floreció en Europa a partir del siglo XI comenzó a ser explicado, entonces, en términos psicológicos, subjetivos, y a ello contribuyó en gran parte la adaptación paulatina de la Iglesia a la idea de los méritos del comercio¹².

En realidad, el prejuicio de que la Iglesia medieval no miraba con buenos ojos el comercio porque ponía en peligro la salvación personal podría resultar parcialmente verdadero respecto a autores anteriores al siglo XIII, como Pedro Lombardo, quien denunciaba el comercio como ocupación pecaminosa *per se*, y también respecto a unos pocos autores posteriores a ese siglo que no lograron prevalecer en la tradición escolástica posterior (Duns Scoto y Juan Buridan, entre otros). Pero respecto a Tomás de Aquino y a quienes lo continuaron, la hostilidad al comercio resulta ya un prejuicio infundado¹³. De hecho, hacia 1958 De Roover reconstruyó la historia del prejuicio clásico y del malentendido en torno al justo precio. Demostró que fue Werner Sombart el primer responsable del error. Sombart invocaba el *Tractatus bipartitus de contractibus emptionis et venditionis* de Enrique de Langestein (Enrique de Hesse) donde se advertía que los comerciantes debían esforzarse sólo por ganar su sustento, acorde a su lugar en la sociedad, sin buscar la acumulación de riquezas ni el ascenso social. Pero como explica De Roover, Enrique de Langestein no fue un escolástico importante, sino más bien una figura menor en la filosofía medieval, apenas citado por escolásticos posteriores, al igual que su maestro Juan Buridan, nominalista y discípulo de Guillermo de Occam. Sin embargo, como el texto encajaba muy bien en las preconcepciones prevalecientes, fue tomado como la formulación característica de la doctrina escolástica del justo precio y copiado por un autor tras otro, incluyendo a W. Ashley y a R. Tawney entre otros¹⁴.

3. Una interpretación sesgada de la concepción aristotélica del valor

Ahora bien, a nuestro juicio, el revisionismo histórico no comprendió cabalmente la concepción aristotélica del valor, y esto le impidió advertir la sesgada recepción que de ésta hicieron los escolásticos. En efecto, la escolástica en general creyó estar avanzando en una línea de análisis económico abierta por Aristóteles. Pero al desarrollar un análisis propio de una estructura de mercado (ya existente en la sociedad medieval) la mayoría de los escolásticos apenas pudo comprender la dimensión de la *oikonomikée* aristotélica en tanto conoci-

¹¹ Grice-Hutchinson, M. *The School of Salamanca. Readings in Spanish Monetary Theory. 1544-160*. Oxford: Clarendon Press, 1952, p. 27.

¹² Rothbard, M. *Op. cit.*, 61.

¹³ Puede verse una muestra del prejuicio que los austriacos procuraron desarticular en la obra Tawney, R. H. *Religion and the Rise of Capitalism*. 1ª ed. 1926. New York: The New American Library, 1963, 39 y ss.

¹⁴ Un estudio reciente como el de Theocarakis, N. *Nicomachean Ethics in Political Economy: The Trajectory of the Problem of Value*, "History of Economic Ideas", 14/1, 2006, 21 (nota 1), aún sigue tomando la referencia a Langestein como representativa de la teoría medieval del justo precio, a pesar de conocer las advertencias que pesan en su contra, y sigue viendo a la escolástica –sin mayores precisiones– como contraria y hostil al comercio.

miento práctico de los recursos *naturales* necesarios para llevar una vida buena o, en otras palabras, conocimiento práctico en torno al uso de lo “estimado necesario” para una vida buena¹⁵. En su búsqueda del justo precio, los escolásticos procuraron establecer los factores decisivos del precio de *mercado* (una preocupación extraña a Aristóteles), y pensaron de hecho que el comercio podía constituir una profesión lícita, compatible con la vida moral, en determinados contextos.

Aristóteles difícilmente hubiese aceptado esta última proposición, pues en su concepción de la ciudad autosuficiente los productos de los agricultores y artesanos bastaban para la vida buena. El filósofo estaba convencido, además, de que la vida de los negocios tenía cierto carácter violento, pues la riqueza nunca podía constituir un fin en sí mismo, sino un medio para otros fines (EN I, 5 1096a 5).

Lo “estimado necesario” para la vida buena, en el pensamiento del Estagirita, era la *chréia*: un término plurisémico de difícil traducción. De ella se habla Aristóteles en EN V, 5 1133a 27, definiéndola como una medida “que todo lo mantiene unido”, una medida que constituye la base conceptual del intercambio y que, en cierto sentido, es mensurable independientemente del dinero. Desafortunadamente las traducciones de la EN –incluso las buenas, como la de Julián Marías y María Araújo al español, o la de Rackham al inglés– traducen *chréia* por ‘demanda’, dando muestras de lo común que resulta ver en Aristóteles un precursor del moderno análisis económico.

Nosotros pensamos, por el contrario, que en el contexto del libro V de la EN, es decir, en el tratado sobre la justicia, Aristóteles se refiere a la *chréia* como a una necesidad subjetiva (aunque no arbitraria) y a su satisfacción prudentemente justa (cuyo alcance explicaremos más adelante), y esto último lo posiciona bastante lejos del concepto moderno de ‘demanda’ –dado que en ella el contenido de las preferencias individuales o colectivas no tiene importancia– y bastante más lejos aún del interés por determinar el precio de las mercancías. Este afán propio de la escolástica (y no solamente de los economistas protestantes como pretende la historiografía “estándar”), debía conducir –y de hecho condujo– a una somera comprensión de los mecanismos de mercado, aun cuando los escolásticos no contarán para ello –como tampoco los protestantes– con el aparato formal de las matemáticas.

Sin embargo, el revisionismo austríaco no fue capaz de apreciar la distancia que separaba a Aristóteles de la escolástica. En efecto, los revisionistas austríacos comenzaron asumiendo, en general, que Tomás de Aquino y sus sucesores, al apoyarse en los pocos pasajes que Aristóteles había dedicado a las cuestiones económicas en la *Política* y en la EN, no hacían más que perfeccionar la búsqueda del factor determinante del precio de las mercancías con herramientas forjadas por el Estagirita quince siglos antes. Grice-Hutchinson sostuvo, por ejemplo, que la afirmación aristotélica de que la ‘demanda’ es la verdadera base

¹⁵ Mantenemos el original *oikonomikée* porque el pensamiento económico de Aristóteles no puede traducirse sin más como “economía”; el uso moderno de este término es ajeno al espíritu del Estagirita, y se entiende mejor desde el proyecto más amplio de la *Política*, de la EN y aun de los *Económicos*. En esta última obra deben distinguirse los Libros II-III, escritos casi seguramente después de la muerte del filósofo, del libro I, que aunque no haya sido escrito probablemente de su puño y letra, refleja con fidelidad su pensamiento económico. Para mayores precisiones en torno a la *oikonomikée* aristotélica, puede verse Crespo, R. *La Economía como Ciencia Moral*. Buenos Aires: Educa, 1997, 70-73 *et passim*.

del intercambio constituyó la fuente principal de la teoría subjetiva del valor, y que las ideas medievales sobre el origen y las funciones del dinero se fundaban ampliamente en unos pocos y breves pasajes de la *Política* y de la *EN*¹⁶. Por su parte, Kauder planteó la existencia de una tradición aristotélico-tomista del valor subjetivo en términos como éstos:

En lugar del trabajo, la búsqueda de un placer moderado y de felicidad constituye el centro de las acciones económicas, según la filosofía aristotélica y tomista [...] Si el placer en forma moderada es el propósito de la economía, entonces, siguiendo el concepto aristotélico de causa final, todos los principios económicos, incluyendo la valuación, se deben derivar de él. En este esquema de pensamiento aristotélico y tomista, la valuación tiene la función de mostrar cuánto placer se puede derivar de los bienes económicos¹⁷

Kauder también se ocupó de mostrar la supuesta influencia intelectual de Aristóteles en Carl Menger, sobre todo en sus trabajos sobre el método¹⁸. De manera similar, Rothbard sostuvo que el influjo de Aristóteles se pudo apreciar en Menger y en sus seguidores, pues para el padre de la escuela austriaca la economía investiga “no las cantidades del fenómeno sino las esencias fundamentales de entidades reales como el valor y el beneficio, entre otras”, y “la creencia en esencias subyacentes bajo las apariencias superficiales es aristotélica”. En última instancia, las conclusiones de Rothbard reflejan hasta qué punto los revisionistas aceptaron sin discusión el rol de los textos aristotélicos como verdaderos cimientos de la tradición escolástica y de la escuela austriaca:

En décadas recientes, las escuelas revisionistas han alterado claramente nuestro conocimiento de la prehistoria de la escuela austriaca de economía. Vemos emerger una larga y poderosa tradición de economistas escolásticos protoaustriacos, fundada en Aristóteles, continuada a través de la Edad Media y por los últimos escolásticos españoles e italianos, y luego influenciando a los economistas franceses e italianos anteriores y coetáneos a Adam Smith.¹⁹

En cierto sentido Rothbard alcanzó a matizar su punto de vista final en relación a la posición de Aristóteles en la prehistoria de la escuela austriaca. En su obra póstuma afirmó que el “galimatías” (*gibberish*) aristotélico en torno a la reciprocidad en los intercambios, y las restantes “alusiones” y “sugerencias” a temas económicos dispersas a lo largo de sus obras, “difícilmente podrían erigirlo como un precursor hecho y derecho de la escuela austriaca”²⁰. Sin embargo, una página más adelante sostuvo que al analizar las implicancias lógicas del empleo de medios en la persecución de fines en toda acción humana, “Aristóteles comenzó a sentar, de manera brillante, las bases fundamentales para la teoría austriaca de la

¹⁶ Grice-Hutchinson, M. *Op.cit.*, 19.

¹⁷ Kauder, E. *Op. cit.*, 569.

¹⁸ Kauder, E. *Intellectual and Political Roots of the Older Austrian School*, “Zeitschrift für Nationalökonomie” 17, 1957, 411-425. Sobre el supuesto aristotelismo de Menger, véase Crespo, R. *Three Arguments Against Menger's Suggested Aristotelianism*, “Journal des Economistes et des Etudes Humaines”, 13/1, 2003, 63-84.

¹⁹ Rothbard, M. *Op. cit.*, 67.

²⁰ Rothbard, M. *Economic Thought Before Adam Smith. An Austrian Perspective on the History of Economic Thought*. Alabama: Ludwig von Mises Institut, 2006, p. 17.

imputación y de la productividad marginal de casi dos milenios más tarde”. El “galimatías” de marras se refiere, por cierto, a uno de los pasajes más oscuros de la economía aristotélica: el referido a las tasas de equivalencia y reciprocidad en los intercambios (EN 1133a–1133b). Rothbard conocía las disímiles interpretaciones dadas a lo largo de la historia a este trabajoso texto, pero al no comprender el sentido general de la *oikonomikée* aristotélica no se hallaba en condiciones de aportar una solución al problema ni de zanjar la cuestión de si los austríacos habían entendido bien a Aristóteles o no.

Además, el sesgo de la interpretación revisionista se advierte no solamente en la importancia atribuida a los textos aristotélicos en la prehistoria de la escuela austríaca, sino también en la incorrecta apreciación del peso relativo que los escolásticos medievales tuvieron en la historia del pensamiento económico. Así, por ejemplo, Rothbard y Schumpeter sostuvieron audazmente que Tomás de Aquino fue partidario del libre comercio, y que el individualismo tuvo su origen en la concepción tomista de la sociedad, lo que sin duda constituye un grave error de apreciación histórica y filosófica²¹.

Pero la tesis más discutible de la interpretación revisionista, que exige ciertamente una nueva revisión, reside en la pretensión de fundar conceptualmente en los textos de Aristóteles la tradición escolástica del valor subjetivo recuperada por los austríacos. En todo caso, las herramientas analíticas descubiertas por el Estagirita fueron aplicadas y deslizadas por la tradición escolástica ulterior en una dirección diferente a la que su descubridor las había naturalmente orientado. Esto puede apreciarse con singular fuerza en la distinción “valor de uso–valor de cambio” que Aristóteles habría establecido, aparentemente, en *Política* I, 9 1257a, un texto en el que, en rigor, Aristóteles sólo establece que de cualquier objeto existen dos utilidades posibles: una “adecuado al objeto” y la otra no, sin lograr extraer ninguna consecuencia económica ulterior de esta distinción²². En efecto, distintos autores ajenos a la querrela revisionista han mostrado que Aristóteles no sólo no logró establecer una conexión sistemática entre los distintos determinantes subjetivos del valor (la utilidad y la escasez, fundamentalmente), sino que además no siguió de manera consistente el principio de la utilidad en la determinación del valor de los objetos, pues en varios pasajes de su obra insinúa el costo trabajo–producción como determinante del valor²³. Así, por ejemplo, leemos en *Política* I, 4 1254a 1-5:

²¹ Rothbard, M. *Memorandum on Catholicism, Protestantism, and Capitalism*, op. cit., 4; Schumpeter, J. *History of Economic Analysis*. London: Routledge, 1986, p. 88.

²² Una reciente interpretación de esta distinción –también sesgada a nuestro criterio– es la de Meikle, S. *Aristotle's Economic Thought*, Oxford: Oxford University Press, 1995, 86, 187 *et passim*. En términos generales, Meikle conecta el valor de uso con la noción metafísica de sustancia, y el valor de cambio con la de accidente, mostrando que en el fondo el valor de cambio carece de entidad, razón por la cual Aristóteles nunca logró elaborar una verdadera teoría del valor económico. Puede verse el sesgo marxista de esta interpretación en Crespo, R. *¿Fue Aristóteles marxista en economía?* [en línea], XXXVII Reunión Anual de la Asociación Argentina de Economía Política, 2002 <<http://www.aaep.org.ar/anales/works/works2002/crespo.pdf>> [consulta: 14 de agosto de 2012].

²³ Véase Spengler, J. *Aristotle on Economic Imputation and Related Matters*, “Southern Economic Journal”, 21/4, 1955, 376; Gordon, B. *Aristotle and the Development of Value Theory*, “The Quarterly Journal of Economics”, 78/1, 1964, 120.

Ahora bien, los que se suelen llamar *instrumentos* lo son de *producción*, mientras que las *posesiones* son instrumentos de *acción*; la lanzadera produce algo aparte de su funcionamiento; el vestido y el lecho, únicamente su uso. Además, como la producción y la acción difieren esencialmente y ambas necesitan de instrumentos, éstos presentarán necesariamente las mismas diferencias: la vida es acción, no producción, y por ello el esclavo es un subordinado para la acción.

Aristóteles distingue aquí los objetos útiles para la acción —aquellos de los que sólo podríamos obtener un mero *uso*— de los objetos útiles para la producción —aquellos de los que podremos obtener algo más que su mero uso—, como ocurre con la lanzadera. Sugiere entonces que los objetos útiles para la producción son valiosos en la medida en que *generan valor*; y ésa sería la causa de su utilidad.

Es bien conocida la crítica que Marx dirigió tanto a la concepción aristotélica como a la concepción moderna del valor por haber soslayado el trabajo *humano* como determinante principal del valor²⁴. Pero al margen de esto, y referido al problema del valor de los objetos en general, tal vez no resulte descabellado afirmar que de haber conocido las discusiones modernas Aristóteles quizás se hubiese posicionado mucho más cerca de la teoría del valor objetivo de lo que el revisionismo austriaco habría estado dispuesto a admitir. O tal vez no, y nunca podremos saberlo, porque Aristóteles ciertamente no plantea una teoría sistemática del valor en los términos en que lo hace la economía moderna. Al intentar establecer qué es lo que le otorga valor a las cosas, el filósofo se encuentra con dos clases de factores independientes que nunca logra conectar de modo sistemático y consistente. Por un lado sostiene que las cosas son valiosas en la medida en que generan valor, y que el trabajo humano tiene un valor diferente en función de los diversos objetos que produce (EN 1133a15). Éste sería el aspecto objetivo de su concepción del valor. Pero no cabe duda que en su concepción del valor también hay espacio suficiente para el aspecto subjetivo, en la medida en que “la necesidad lo mantiene todo unido”, ya que como aclara inmediatamente, “si los hombres no necesitaran nada, o no lo necesitaran por igual, no habría cambio, o éste no sería equitativo” (1133a 28-29). Esta afirmación implica, en pocas palabras, que el deseo humano torna valiosas las cosas en la medida en que esas cosas satisfacen una necesidad.

El aspecto objetivo de la concepción aristotélica del valor, a pesar de la interpretación revisionista, se encuentra respaldada incluso en los comentarios de Santo Tomás de Aquino, que al comentar el oscuro pasaje de EN 1133a en que Aristóteles pretende justificar la reciprocidad en los intercambios a partir de una tasa de igualdad determinada por la posición relativa de ambos negociantes, sostiene que el *costo de producción* (valor objetivo) es el que determina el valor de las mercancías en el intercambio:

Pues es preciso, para que haya una justa conmutación, que sean dados tantos pares de zapatos por una casa o por el alimento de un hombre, cuanto el constructor o el agricultor excede al zapatero en *trabajo* y en *costos*. Si esto no se observare no habrá conmutación de cosas ni los hombres intercambiarán sus bienes entre sí.²⁵

²⁴ De hecho, Aristóteles afirma en *Política* 1254a 8 que “la vida es acción, no producción, y por ello el esclavo es un subordinado para la acción”, sugiriendo de ese modo su incapacidad para generar valor.

²⁵ El texto latino original, Lib. 5 Lect. IX n. 3 [980] dice: “Oportet igitur ad hoc quod sit commutatio ut tanta calceamenta dentur pro una domo vel pro cibo unius hominis, quantum aedificator vel etiam

Al comentar este pasaje W. D. Ross admite por su parte que efectivamente Aristóteles no es muy claro al describir cómo funciona la “reciprocidad proporcionada” en los intercambios, pero según su criterio un intercambio justo sólo puede darse cuando los productos se equiparan en función de factores tales como las *horas de trabajo* más el grado relativo de habilidad que emplea cada uno de los agentes en su producción (factores objetivos, como puede apreciarse)²⁶. Esta interpretación no es bajo ningún punto de vista contraria al sentido literal del problemático pasaje de EN 1132b31–1133a15 que tantas dificultades hermenéuticas ha generado en el desarrollo histórico de la teoría del valor. En efecto, el texto dice:

en las asociaciones que tienen por fin el cambio es esta clase de justicia la que mantiene unidos a los hombres, es decir, la reciprocidad proporcional y no igual. Porque devolviendo proporcionalmente lo que se recibe es como la ciudad se mantiene unida [...] Lo que produce la retribución proporcionada es el *cruce de relaciones*²⁷. Sea A un arquitecto, B un zapatero, C una casa y D un par de sandalias. El arquitecto tiene que recibir del zapatero lo que éste hace y compartir a su vez con él su propia obra; si, pues, existe en primer lugar la igualdad proporcionada y después se produce la reciprocidad, tendremos lo que decimos. Si no, no habrá igualdad y el acuerdo no será posible; *porque nada puede impedir que el trabajo del uno valga más que el del otro*; es, por consiguiente, necesario igualarlos.

Este texto es uno de los más comentados y criticados del pensamiento económico de Aristóteles, como atestigua la mayoría de los autores²⁸. Pero cualquiera sea la interpretación que se le dé, el intento por ubicar a Aristóteles más cerca de una u otra tradición moderna del valor (la subjetiva o la objetiva) dará como resultado una interpretación sesgada. Es que si bien Aristóteles ha sentado los fundamentos del pensamiento occidental en numerosas áreas, “sus dispersas intuiciones y observaciones en materia económica poco tienen que ver con el espíritu de la mayor parte de la teoría económica moderna”, tanto en su versión clásica como neoclásica²⁹. Esto resulta evidente respecto de numerosas materias que constituyen la médula de la moderna teoría económica, a saber: el equilibrio del mercado (contra la fijación de precios que parecía favorecer el Estagirita), la impersonalidad de las transacciones (contra la justa consideración de la posición relativa de los agentes en el intercambio),

agricola excedit coriarium in labore et expensis, quia si hoc non observetur, non erit commutatio rerum, neque homines sibi invicem sua bona communicabunt”.

²⁶ Ross, W. D. *The Works of Aristotle*. London: Oxford University Press, 1950, vol. IX, nota a pie a EN 1133a.

²⁷ La traducción ya clásica de Araújo y Marías es, en esta expresión crucial, algo equívoca. Literalmente *hee katá diámetron súzexis* significa “la conjunción diagonal”, y la traducción inglesa de Rackham opta efectivamente por traducir la expresión literalmente: “proportionate requital is effected by diagonal conjunction”. Como señala el Profesor Gerhard Michael Ambrosi, *Equivalence and Complements, Rediscovering Aristotle’s Economic Analysis*, Tréveris: Mimeo, 2011, 26, “en la conjunción diagonal” reside una de las claves esenciales para entender de qué está hablando Aristóteles cuando se refiere a la *retribución proporcionada*.

²⁸ Véase Finley, M. *Aristotle and Economic Analysis*, “Past & Present”, 47, 1970, 9; Rothbard, M. *Economic Thought Before Adam Smith*, op. cit., 16; Theocarakis, N. *Nicomachean Ethics in Political Economy: The Trajectory of the Problem of Value*, op. cit., 16; Ambrosi, G. M. *Equivalence and Complements, Rediscovering Aristotle’s Economic Analysis*, op. cit., 28.

²⁹ Pack, S. *Aristotle’s Difficult Relationship With Modern Economic Theory*, “Foundations of Science”, 13/13, 2008, 265-280.

las tasas de interés como retribución necesaria del capital prestado (contra la expresa condena del *tókos*, retoño “antinatural” de la moneda), y el excedente de valor en el productor y en el consumidor y la ganancia resultante del intercambio (contra la estricta igualdad postulada por Aristóteles)³⁰.

Pero la distancia que separa la economía moderna de Aristóteles resulta más evidente aún en el enfoque de la acción humana que desde Smith en adelante niega que la deliberación intelectual y el fin último del agente –en el sentido explicado por Aristóteles en su filosofía práctica– tengan relevancia alguna en el análisis económico, pues lo que interesan son las consecuencias *no necesariamente queridas* de la acción, aquellas que se obtienen cuando cada uno, buscando sólo su propia ganancia, “es conducido por una mano invisible a promover un fin que no fue, en modo alguno, parte de sus intenciones”³¹.

Aclarado este punto, podríamos preguntar, por último, qué interés filosófico relevante puede haber en zanjar una querrela historiográfica que no reviste ya demasiado interés en el estado actual de la ciencia económica. En verdad, la querrela historiográfica en cuanto tal no importa demasiado, pues es imposible resolverla adecuadamente como acabamos de demostrar. Pero existe un interés indirecto en el objeto de su disputa en la medida en que hoy es posible advertir una cierta “vuelta a Aristóteles” entre los economistas descontentos con las respuestas del enfoque “dominante” (*mainstream*) a los problemas de la acción humana y de la elección. Creemos que ese descontento exige plantear nuevamente la pregunta por el valor económico de los objetos desde un enfoque de la acción humana como el propuesto por Aristóteles, ya que, como señalamos al comienzo, la cuestión del valor ha sido desde siempre uno de los principios fundamentales de la ciencia económica, y es posible ver en la concepción aristotélica del valor una clave para dar respuestas a las insatisfacciones generadas por el, hasta hace poco tiempo, enfoque “dominante” (*mainstream*) de la ciencia económica.

En lo que sigue, formularemos algunas precisiones en torno a la concepción aristotélica del valor, es decir, la concepción aristotélica de lo que torna valiosa una acción y de lo que torna valiosos los objetos sobre los que recae la elección. Dicha concepción se enmarca, ante todo, en el propósito general que guía su filosofía práctica: la precisión y la conformación, hasta donde sea posible y lo permita la materia, de cierta razonabilidad práctica en la acción humana, particularmente en la administración de recursos materiales necesarios para la realización de una vida buena.

³⁰ Un austriaco de la segunda generación, lejos del afán revisionista, acusaba a Aristóteles de haber incurrido en una inveterada falacia (la de suponer que el valor de los objetos intercambiados debía igualarse), falacia que “vició seriamente los maravillosos descubrimientos de los economistas clásicos” (Von Mises, L. *Human Action, A Treatise on Economics*. 1ª ed. 1949. San Francisco: Fox & Wilkes, 1963, 203). Para que exista intercambio, en efecto, el valor de los objetos intercambiados debe ser distinto para los sujetos del intercambio. Si A tiene un objeto C y B un objeto D, el valor de C debe ser mayor para B que para A, y el valor de D mayor para A que para B si es que las partes desean efectivamente realizar el intercambio.

³¹ Smith, A. *Op. cit.*, 423.

4. Claves de la concepción aristotélica del valor

Para comprender cuáles son los criterios que según Aristóteles tornan valiosa una acción y valiosos los objetos sobre los que recae una elección, es necesario tener en cuenta que:

a) El libro V de la EN versa sobre la justicia. Los intercambios económicos pertenecen a una categoría especial de justicia: la justicia recíproca, que Aristóteles aborda de manera singular en el capítulo 5 de dicho libro. En EN 1133a 28 Aristóteles señala que la *chréia* (un tipo de necesidad subjetiva, pero no arbitraria ni veleidosa) constituye un justo vínculo que mantiene unida la ciudad, conectando los deseos de los hombres con sus justas satisfacciones a través de productos cuyo valor se encuentra representado, de manera convencional, en la moneda (EN 1133a 30). Pero existe un fin último que jerarquiza las necesidades y las ordena en un rango de preferencias que no es la vacía formalización de las “preferencias estables y transitivas” de la economía neoclásica, en las que no importa ni su contenido ni su finalidad moral. El fin último, incluso en el horizonte de la vida económica, es la plenitud de la vida virtuosa, de la vida buena. En consecuencia, *chréia* es todo lo necesario para llevar adelante, cumplidamente, una vida de virtudes, y esto es lo que torna *justo* un intercambio económico.

Si la vida de los negocios tiene un “cierto carácter violento”, como piensa Aristóteles, es porque se ha perdido de vista el fin último hacia el que debería encaminarse todo intercambio. ¿Es posible acaso una economía más humana, en la que el lucro y la riqueza no constituyan el único aliciente de un sistema que no por más humano sea menos eficiente? Creemos que sí, y de hecho existen nuevos enfoques que apuestan por una respuesta afirmativa. Bajo el paraguas de la *economía social*, como indica Medema³², es posible reunir hoy las investigaciones de muchos economistas afines al solidarismo católico, al institucionalismo, al deontologismo kantiano, o que no reconocen más afiliación, incluso, que la economía neoclásica. El elemento común que liga las investigaciones de estos economistas procedentes de distintas tendencias que se describen a sí mismos como “economistas sociales” es el “interés profundo en los valores y en el proceso de valoración a fin de comprender plenamente tanto la conducta económica como las posibilidades de mejora del sistema económico”³³.

b) En cuanto a la fuerza y a la objetividad de la *chréia* que todo lo mantiene unido, es importante señalar que se trata de una clase de necesidad que no guarda relación alguna con el concepto moderno de ‘demanda’ (individual o agregada). En su versión moderna, la ‘demanda’ no requiere de calificaciones morales. Para el enfoque de la “elección racional” de Becker, por ejemplo, es absolutamente normal pensar en una conducta criminal como en una conducta de mercado, explicable satisfactoriamente en términos de oferta y demanda de bienes y servicios (con un costo que se maximiza: la sanción legal), y ello es posible, precisamente, porque las evaluaciones morales no son relevantes para explicar la conducta eco-

³² Medema, S. *Is There Life Beyond Efficiency? Elements for a Social Law and Economics*, “Review of Social Economy”, 51, 1993, 138.

³³ Véase Lutz, M. *Social Economics: Retrospect and Prospect*. Boston: Kluwer Academic Publishers, 1998, ix. Para otros enfoques contemporáneos de una economía moral: Conill Sancho, J. *Horizontes de Economía Ética*. Madrid: Tecnos, 2006.

nómica³⁴. Pero en el enfoque aristotélico de la acción humana es imposible no calificar moralmente las necesidades (lo que resulta, por otra parte, casi de sentido común). *Chréia* no es cualquier necesidad sin más, *simpliciter*, pues cuando Aristóteles se refiere a la necesidad en sentido absoluto emplea el término *anágke*, término que, como explica en *Metafísica* V 1015a 20, tiene tres acepciones: 1) aquello sin lo cual, como condición concomitante, la vida es imposible (la respiración y el alimento para el animal, por ejemplo); 2) las condiciones sin las cuales el bien no podría darse o sin las cuales uno no podría apartarse del mal (como tomar una medicina, para apartarse de la enfermedad, o “viajar a la isla de Egina para recuperar el dinero propio”³⁵; y 3) lo compulsivo y las compulsiones, es decir, lo que obstaculiza e impide de manera terminante algo, en oposición a la inclinación natural y al propósito deliberado.

La necesidad a la que Aristóteles se refiere con el término *chréia*, entonces, es una necesidad relativa, referida a bienes materiales, intercambiables, útiles para la consecución de un fin bueno, pero ciertamente renunciables en la medida en que valores morales de orden superior así lo exijan. Por ello la maximización del placer, en cualquier versión del utilitarismo moderno que sirviera de base a la evaluación económica, constituiría para Aristóteles una versión muy empobrecida de la conducta humana, a la que no dudaría en calificar como propia de las bestias (EN 1095b 20)³⁶.

c) La necesidad que da lugar a los intercambios económicos (*chréia*) es una necesidad en cierto modo *indeterminada*, y en consecuencia no siempre formalizable a través de un modelo de preferencias transitivas como postula la economía neoclásica (A es preferible a B, B es preferible a C, luego A es preferible a C), ya que la satisfacción de esta necesidad debe ir acompañada de una mínima moralidad, de un “consumo responsable”, y esa moralidad entraña necesariamente un ejercicio de razón práctica en virtud del cual toda persona responsable sabe *qué bienes* necesita y *qué cantidad* de ellos para poder llevar una vida buena. La concepción aristotélica del valor no pretende “normativizar” las cosas a punto tal de establecer qué bienes deberían ingresar en la cesta de las personas; sus miras están puestas más bien en los fines de la acción económica antes que en los medios de llevarla a su realización, como un arquero que fija su mirada en el blanco antes que en la parábola de sus flechas, pues existen muchas formas de dar en el blanco, pero lo importante es que se acierte en él.

³⁴ Véase Becker, G. - Stigler, G. *De Gustibus Non Est Disputandum*, “American Economic Review”, 67/2, 1977, 76-90.

³⁵ Sobre el sentido de esta expresión como ejemplo de “necesidad absoluta” hay diversas interpretaciones. La más plausible es pensar que, al ser la isla de Egina el más importante centro comercial de toda Grecia, para recuperar el valor real (respaldo monetario) y no sólo convencional de la moneda corriente en la época (acuñada en dicha isla) había que dirigirse al lugar donde la moneda había sido emitida. Véase Ambrosi, G. M. *Pre-Euclidian Geometry and Aeginetian Coin Design. Some Further Remarks*, “Archive for History of Exact Sciences”, 66/5, 2012, 557-583.

³⁶ Curiosamente algunos economistas enrolados en la *mainstream* (corriente principal de la economía) no encuentran relevante la objeción. Richard Posner, por ejemplo, admite la racionalidad de manera instrumental, como una racionalidad de medios eficientes para fines dados cuya evaluación moral no constituye una competencia propia del economista: “no es un solecismo hablar de una rana racional” (Posner, R. *Economic Analysis of Law*. 6ª ed. New York: Aspen, 2003, 4).

Ahora bien, para que haya un intercambio justo las necesidades (y no necesariamente el valor de los bienes) deben equipararse. Suponiendo que no haya fraude, ni ventajas injustas a causa de la necesidad extrema, inexperiencia o inadvertencia de una de las partes, las necesidades pueden equipararse o igualarse a través de precios justos. Un sistema de precios no será justo por reflejar la *communis aestimatio* (que puede contener numerosos sesgos de apreciación que abran el juego a planteos superadores de la parcialidad como la posición originaria de Rawls, o el legislador universal de Kant, o cualquier otro intento moderno de formalización tan universal como vacío de contenido), sino por permitir el desarrollo de las capacidades básicas que aseguren un desempeño digno y humano de todas las personas que integran una determinada comunidad. En ese sentido, el *enfoque de las capacidades* que plantea el Premio Nóbel de Economía Amartya Sen constituye una interesante alternativa metodológica que abre un espacio a las valoraciones morales en la economía (aun cuando podría cuestionarse si tal como lo plantea Sen ese espacio es suficiente), y cuyas raíces aristotélicas han sido largamente analizadas y discutidas en los últimos años³⁷.

d) En suma, la concepción aristotélica del valor se funda en las necesidades humanas que dan origen al intercambio. Las necesidades se satisfacen mediante mercancías, por cierto, y las mercancías intercambiadas deben compararse y sujetarse a una medida común, que es una de las razones por las que los hombres han introducido la moneda (EN 1133a 20-21). La moneda y los precios equiparan adecuadamente las necesidades humanas sólo cuando hay lugar suficiente para las evaluaciones morales entre la oferta y la demanda, de modo que la justicia recíproca pueda realizarse efectivamente en los intercambios. Dichas evaluaciones morales deben apuntar ineludiblemente al bien común, es decir, al bien de todos los miembros de la comunidad. El bien común no es “el mayor bienestar del mayor número”, ya que fuera de contextos técnicos limitados, la concepción utilitarista “no sólo es impracticable, de hecho, sino intrínsecamente incoherente e inevitablemente vacía”³⁸. El bien común, como conjunto de condiciones materiales y espirituales que tienden a favorecer el desarrollo personal y humano de cada miembro de la comunidad, exige, en la perspectiva aristotélica del valor, el *conocimiento del otro* como condición previa y necesaria del intercambio. Esto último, evidentemente, es incompatible con la noción moderna de mercado, ya que las fuerzas impersonales que lo animan, las consecuencias no intencionales de la acción humana y la racionalidad instrumental de los agentes que actúan en él constituyen las piezas claves del moderno sistema de precios.

Ahora bien, dada esta incompatibilidad, ¿la concepción aristotélica del valor no resultaría impracticable en las condiciones actuales que constituyen hoy nuestro mundo? ¿No resulta terriblemente cierta, entonces, la tesis de que “Aristóteles no tiene, en absoluto, una teoría del valor”, y que su contribución “no consiste en haber aportado una tal teoría, sino

³⁷ Véase Sen, A. *Capability and Well-Being*. En: Hausman, D. *The Philosophy of Economics*. Cambridge: Cambridge University Press, 2008, 270-293. En cuanto a las raíces aristotélicas del *enfoque de capacidades*, véase Nussbaum, Martha. “Nature, Function, and Capability: Aristotle on Political Distribution”, *World Institute for Development Economics Research of the United Nations University*, [en línea] Working Paper N° 31, diciembre de 1987, <http://www.wider.unu.edu/publications/working-papers/previous/en_GB/wp-31/_files/82530817633224741/default/WP31.pdf> [consulta: 14 de agosto de 2012].

³⁸ Finnis, J. *Ley Natural y Derechos Naturales*. Buenos Aires: Abeledo-Perrot, 2000, 183.

más bien en haber formulado solamente el problema que una teoría del valor está llamada a resolver”?³⁹ Sólo cabe dar aquí una respuesta indirecta a esta última cuestión.

La concepción aristotélica del valor no encaja ciertamente en la economía de mercado. Aristóteles sabía, en efecto, que el mercado regulaba los precios de manera “impersonal”, fuera de la comunidad⁴⁰, en las transacciones entre metecos y extranjeros que buscaban hacer dinero extramuros de la ciudad. Es probable que conociera, incluso, un refinado método analítico de resolver con precisión el problema de las tasas de equivalencia en el intercambio, y a él aludiría en EN 1133a 6 al decir que “lo que produce la retribución proporcionada es la conjunción diagonal”⁴¹. Sin embargo, su interés no radicaba en los precios (de los que, en rigor, nunca habla en EN), y por ello su proyecto político destierra la economía de mercado a las “afueras” de la ciudad, al ámbito de los extranjeros que no comparten los valores morales y políticos de los ciudadanos. Por eso su concepción del valor sería viable solamente en una economía comunitaria. Pero la mayor dificultad para el establecimiento de una economía comunitaria radica en que el “afuera” de Aristóteles constituye hoy nuestro más “adentro”, un “adentro” en que la gradual desintegración de los lazos morales y comunitarios ha sido –y continuará siendo, tal vez por mucho tiempo– la condición indispensable del surgimiento y del predominio del mercado.

Carlos Diego Martínez-Cinca
Instituto de Filosofía- Universidad de los Andes
Santiago de Chile, Chile
cdmartinez@miuandes.cl

Ricardo Fernando Crespo
Universidad Nacional de Cuyo (Argentina)
rcrespo@iae.edu.ar

³⁹ Meikle, S. *Op. cit.*, 190.

⁴⁰ Gudeman, S. *The Anthropology of Economy*. Oxford: Blackwell, 2001, 62.

⁴¹ Estaría aludiendo a la conjunción de las diagonales de un paralelogramo conocido como *gnómon*, que permite conmensurar cantidades definidas por dos variables (costos e ingresos, por ejemplo) que aumentan o disminuyen de manera proporcional pero no idéntica. El método había sido desarrollado por Pitágoras y las monedas de Egina de hecho, llevaban estampadas distintas figuras y modelos de *gnómon*. Véase Ambrosi, G. M. *Pre-Euclidian Geometry Geometry and Aeginetian Coin Design*, op. cit., 16.